



AUTO CUARTO.

EL HIJO Y LA MADRE

La decoración del primer acto.

ESCENA I.

PEDRO TIMOEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Barón de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

Ped.—¡Cómo pesaba el difunto!

Tim.—Cómo pesa todo muerto.

Vosotros retiraos.

(Se van los demás criados)

Ped.—¿No lo dije, Timoteo,

Que la boda parecía

Más bien que boda un entierro?

Mira si soy algún tonto.

Tim.—¡Yo estoy como loco, Pedro!

A veces en sólo un día

Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.

Ped.—Pero viste qué denuedo
De los guerreros, ¡caramba!
Yo estaba helado.

Tim.— ¡Qué recio
Se daban, hombre! te digo
Que no he tenido más miedo
En mi vida; ni aun de niño,
Cuando me contaban cuentos
De hechiceras y gigantes.

Ped.—Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

Dichos, ISABEL, LEONOR.

Leo.—Deteneos.

Isab.— ¿Dónde está?
¿Dónde está el fiero Barón?
Que rompa mi corazón;
Yo no quiero vivir ya:
¡Destino fatal, impío!
¿Dónde se halla mi adorado?
Quiero morir á su lado,
Sobre su cadáver frío.

(Señalando el cadáver del Barón.)

Allí está... mi bien...

Ped.— (Conteniéndola.)

Señora,

¿Qué hacéis?

Isab.— Dejadme llegar:
Quiere con él espirar
Esta mujer que le adora.

Tim.— (Sorprendido.)
¡Que le adora!

Isab.— Sí, sayones,
Esa vida era la mía;
¿Y quién dividir podría
Jamás nuestros corazones?
¡Dejadme llegar, por Dios!
Juntos debimos vivir,
Pues ahora juntos morir
Debemos también los dos.
¡Ah! si la piedad ois,
Soltadme.

Ped.— ¿Pero qué hacéis?
Ese cadáver que veis
Es del Barón.

Isab.— (Sorprendida)
¿Qué decís?

¿Pues Alberto?
Ped.— Se halla ahora
Recibiendo el parabién
De su triunfo.

Isab.— (Admirada)
¿He oído bien?

Tim.—Sí; no lo dudéis, señora:
En el patio del torneo
Le proclaman vencedor.

Isab.—¿Este es un sueño, Leonor!

Leo.—Sí, también soñar yo creo.

Isab.—Si es engaño, salir de él

Un punto será, y morir,
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?

Ped.—Vive, señora.

Alb.— (Dentro.)

¡Isabel!

Isab.— (Con transporte.)

El es: ¡oh, supremo Sér!

El es: ¡sostenme, Leonor!

¡Antes me ahogaba el dolor;

Ahora me agobia el placer!

(Queda desvanecida en los brazos de Leonor.)

ESCENA III.

Dichos, ALBERTO.

Alb.—¡Isabel! ¡Isabel!... ¿Pero qué veo?

Leonor, ¿qué es esto?

Leo.—El gozo la ha postrado.

Alb.—Oye mi voz, ¡oh, dueño idolatrado!

¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!

¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!

Ya palpita su seno blandamente:

Una sonrisa vaga dulcemente

En sus labios purísimos de rosa.

Alza esa frente cándida y divina,

Ya eres libre, Isabel.

Isab.—¿Y es cierto?

Alb.— ¡Es cierto!

Mírame.

Isab.— Deja que te toque, Alberto,

¿Tanta ventura el cielo me destina?

No, no es una ilusión: tu ardiente mano

Torna á estrechar la moribunda mía:

¡En el sepulcro, Alberto, te creía!

¡Oh placer grande, inmenso, sobrehuma-

(no!

Pero dime, por Dios, ¿no estás herido?

¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!

¡Si supieras qué instantes he pasado!

¡No sé cómo sufrirlos he podido!

¡El cielo sólo, la bondad del cielo,

Sostenerme ha padido en este día!

Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!

¡Trocó Dios en placer mi amargo duelo!

Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura

Perturba mi razón, Alberto mío:

A hablarme vuelves; dudo, desconfío:

Tanta dicha, ilusión se me figura.

Alb.—No, Isabel; es verdad.

Isab.— Mas tú caíste

Del caballo: Leonor vió tu caída,

Y al saberla pensé perder la vida;

Dime, dime por fin, cómo venciste.

Alb.—Menos fuerte mi caballo

Que el del furioso Barón,

En la segunda carrera

Por desgracia me faltó,

Y caímos; pero al punto,

Levantándome veloz,

Saco mi acero, este acero

Que jamás me abandonó.

A mi contrario me lanzó, —
 Que sin prever mi intención,
 De su triunfo sonreía,
 Lleno de orgullo feroz;
 Su caballo desjarreto
 En el instante: el Barón
 Echa pic á tierra, y la espada
 Saca ciego de furor:
 El era, Isabel, más fuerte
 No más ligero que yo;
 Y sus golpes evitando
 Con destreza la ocasión
 Hallé al fin, que deseaba:
 Descubrirse no cuidó
 Por herirme, y al instante
 Le traspasé el corazón,
 No pudo más; y en el circo
 Casi sin vida cayó.
 General aplauso entonces
 Sonar oigo en derredor:
 "Victoria, honor al valiente"
 Todo el concurso gritó,
 Y los heraldos y jueces
 Me proclaman vencedor;
 Pero en medio de esos gritos
 Yo no escuchaba tu voz,
 Tu voz para mí más grata
 Que la de la gloria.
 — Yo, —
 Entre tanto combatida
 De la inquietud más atroz,
 Desde mi estancia escuchando

El espantoso rumor —
 Del combate: á cada instante
 Sintiendo en mi corazón
 Mil muertes... ¡qué no he pasado!
 Los dos, Alberto, los dos
 Los golpes hemos sentido,
 (Señalándose el corazón.)
 Tú en el escudo, aquí yo.
 Cierto es que tú no escuchabas
 Entre las otras mi voz,
 Y sin embargo, sonaba
 Con más fuerza y más ardor
 Que todas; porque la mía
 Por tí se elevaba á Dios.
 Alb.—Sí, mi bien, y el Ser supremo
 Tu ruego grato escuchó,
 Porque como tú, fué puro,
 Ardiente como tu amor!
 Isab.—Sí, como mi amor, Alberto;
 ¡Oh! nunca de mi pasión
 He conocido la fuerza,
 Hasta el instante de horror,
 En que muerto te he creído.
 Alb.—¿Quién más dichoso que yo?
 Aunque jamás nós unáramos,
 Esa sublime expresión
 De tu ternura, es mi dicha:
 Te lo juro por mi honor:
 Por el imperio del mundo
 No cambio mi suerte, no!
 Pero ya tu padre, llegado
 Con los demás,

Isab.— ¿Tanto amor
 No pagaré con mi mano
 Alguna vez? ¡santo Dios!
 ¡No hay felicidad cumplida!
 Alb.— ¡Tal es nuestra condición!

ESCENA IV.

Dichos, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO,
 PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

Arab.—Caballeros, ya habéis visto
 De mi causa la justicia:
 Del éxito del combate
 Ninguna duda tenía:
 De ese perverso en el cielo
 La sentencia estaba escrita:
 Llegó por fin, y ha pagado
 Los crímenes de su vida.

(A Alberto)

Recibe, valiente joven,
 La gratitud que me anima:
 Tú fuiste el digno instrumento
 De la justicia divina:
 Tú rompiste mis cadenas;
 Por tí cobro en este día
 Mis títulos usurpados,
 Y mi libertad perdida.

Alb.—Basta, señora, lo que hice
 El deber me lo imponía:
 Como honrado caballero,

A la virtud oprimida
 Mi espada ofrecí del cielo
 Es la victoria, no mía:
 ¡Dichoso yo que instrumento
 Fui de las celestes iras!

Arab.—Mas no quedará sin premio,
 Joven, tu noble osadía:
 Por mi heredero te nombro;
 Sí, yo no tengo familia:
 ¡Ay! me arrebató el tirano
 El solo hijo que tenía!
 Tú lo serás desde ahora,
 Tú formarás la delicia
 De mi vejez.

Alb.— ¡Ah! señora,

Tanta bondad!

Fitz.— Merecida

La tienes: como valiente
 Te has portado en este día:
 Bien, hijo mío, también yo
 Te debo mucho; esa víctima
 A la desgracia arrancaste,
 También te debe mi hija
 Su libertad. ¡Ah! cuál fuera
 Tu suerte, Isabel querida,
 Enlazada para siempre
 A ese monstruo de perfidia!
 ¡Tiemblo al pensarlo! Un modelo
 De honradez yo lo creía:
 Baronesa, aquí os condujo
 La Providencia divina,
 Para arrancar al infame

El velo que lo cubría.
 Arab.—Sus crímenes espantosos
 Sabéis ya: su mano inicua
 Fué la que del digno Ralfo
 Cortó la apreciable vida.
 Ese escudero que traje
 Conmigo, y que en otros días
 Fué cómplice involuntario
 De Walter, la historia impía
 Me ha referido.

Ped.— Señora,
 Vuestro escudero suplica
 Que ante esta ilustre asamblea
 Hablaros se le permita.

Fitz.— (A Pedro.)
 Haced que pase al instante. (Se va)
 Ven á mi pecho, hija mía,
 Démosle gracias al cielo.
 Del precipicio en la orilla
 Te ha salvado: sus bondades
 Hacia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA

Dichos, ALFONSO, PEDRO.

Ped.—Entrad.
 Arab.— Entrad; el noble Fitz-Eustaquio
 De hablar en su presencia os da permiso.
 Decid lo que queréis.
 Alf.— Noble señora,

V vosotros también, ¡oh esclarecidos
 Caballeros! oid. Ya las maldades
 De Walter conocéis, del que yo he sido
 Cómplice involuntario, y vos, señora,
 Perdonáis generosa mi extravío.
 Pero hay otro secreto, un gran secreto,
 Que esperaba, señora, descubrirlo
 Después de ese combate, cuando el cielo
 Castigara de Walter los delitos.
 Arab.—Habla, Alfonso, declara cuanto se-

Alf.—El cielo que me escucha es buen tes-
 tigo
 Del gozo que me anima, y que en mi abo-
 (no)
 Está escrita en el libro del destino
 Una acción buena: sí, señora, Walter,
 De su ambición frenética impelido,
 A toda costa quiso de su hermano
 Las riquezas poseer, y grandes títulos.
 Vuestro hijo era el legítimo heredero;
 Y deshacerse intentó del tierno niño,
 Y á mí me encomendó su asesinato,
 Porque ya entonces me juzgó el inicuo
 Incapaz de faltarle: de este modo
 Logré tener en mi poder al hijo
 De mi buen amo, y engañando al móns-
 (truo,
 Que su muerte creyó, del tierno niño
 Salve los días.
 Arab.— ¡Cómo! qué he escuchado!
 ¿Y vive?

Alf.— Vive.
 Arab.— Es cierto? Dios benigno!
 Cuánta ventura! Ven, que yo te abracé.
 Alfonso: ven. Mas dime, dime el sitio
 Donde se encuentra: dímelo.

Alf.— Escuchadme.
 Al infante tomé, cuyos gemidos
 El corazón más duro conmovieran,
 Y conociendo el corazón benigno
 Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante
 Me dirigí en silencio á este castillo:

(A Fitz-Eustaquio.)
 No estábais vos en él; pero en la senda
 Que á él conduce, el depósito querido
 Dejé, esperando inquieto el resultado,
 Observándolo todo sin ser visto,
 Pues la maleza me ocultaba: entonces
 Os ví llegar, señor, ví que movido
 De ternura hacia el niño desgraciado,
 Al pecho lo estrechábais compasivo,
 Y aquí le condujisteis.

Alf.— ¡Qué oigo, cielos!

Fitz.— ¿Qué dices? ¿conque Alberto...

Alf.— Sí, ese mismo,
 Ese valiente, generoso joven
 Que os ha vengado.

Arab.— ¿Es él?

Alf.— Es vuestro hijo.

Arab.— (Estrechando á Alberto.)

¡Hijo!...

Alf.— (Echándose en sus brazos.)

¡Madre!...

Fitz.— ¡Qué dicha!
 Isab.— (Con gozo.)
 ¿No es un sueño?
 ¿Es noble? ¿qué ventura! ¿será mío!

(Por un gran rato queda Alberto abrazado
 á Lady Arabela, llorando de ternura y
 de júbilo; separa un poco su rostro, la
 contempla con una mirada ávida y llena
 de amor. Lo que sigue lo dice con mu-
 chísimo fuego, y ternura.)

Alb.— ¡Madre!... ¡madre! repetir
 Dejadme ese nombre amado,
 Y en vuestro pecho abrasado
 Vuestro corazón sentir.
 Sí, yo lo siento latir
 Contra el mío... ¡qué placer
 ¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,
 Ya puedes tomar mi vida!
 ¡Oh, madre, madre querida!
 Al fin te consigo ver.

¡Cuánto, cuánto padecí
 Por no conoceros ¡Dios!
 Y vos entre tanto, vos,
 ¡Llorando también por mí!
 Ah! ya me tenéis aquí:
 Apenas mi dicha creo!
 ¡Oh madre! os escucho, os veo,
 ¡En vuestros brazos estoy!
 Ya soy feliz, ¡ya lo soy!
 ¡Cumplió el cielo mi deseo!

¡Madre! á la naturaleza,
 A mi pecho, al mismo Dios,
 Yo preguntaba por vos,
 Devorado de tristeza:
 ¡Ay! en este instante empieza
 Mi existencia, mi alegría.
 Arab.— (Con transporte vivísimo)
 ¡Hijo! — ¡Madre!... hermoso día!
 Mil veces "hijo" llamadme!
 Venid, todos, abrazadme:
 Padre.... Isabel... Madre mía!

(Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telón.)



PERSONAJES

A NINGUNA DE LAS TRES.

A su amigo José Ramón
 Pacheco, dedica el autor este
 ensayo cómico.

La escena pasa en México, 18... en la
 casa de Don Timoteo.